



JAIME SAENZ

El Escalpelo



ES PROPIEDAD DEL AUTOR

BIBLIOTECA PUBLICA MUNICIPAL
DIVISION DE PROCESOS TECNICOS
SISTEMA MUNICIPAL DE BIBLIOTECAS

Registro No. 10 43 23
Fecha ingreso 21 JUL. 1998





MEMORANDUM





Me vió en la esquina y quería pararse pero yo le dije que no pusiera reparo en hacerlo por ser ello arbitrario y falto de sentido entonces habríamos quedado en lo mismo sin que se le dijera nada de lo que iba a suceder con el niño que iba llorando en la tarde después de la lluvia cuando ella me dijo que no lo hiciera pero yo lo hice y la esquina continuaba allí mismo donde me indicaron que esperara hasta la una y poco a poco me hiciera de lado a los compromisos substituyendo mi persona por otra más echada hacia atrás y que tuviera pronto la disposición de que no hable más del asunto sin que por eso tampoco se pudiera exigir mucho o se fuera a desembolsar todo lo que no tenía o podría poseer paradito haciéndose arreglar los tirantes del pantalón diciendo más arriba más abajo con su carita de hombre ahorrativo y lavándose las manos como en una feria pero le advertí con un cohe-

te que ni yo ni él íbamos a declarar nada que estuviese en contra de todo lo que se había hablado sin dar lugar a dudas o que digan todo esto o aquéllo de la ducha que por lo demás funcionaba regularmente siempre que se abriera con calma y mesura el grifo pero cuando se detuvo en la esquina todos convergieron a verlo como a una aparición entonces se rascó la mejilla y aparecieron sus antiguos recuerdos que le daban a entender dilemas con los cuales se había rozado y había tenido que ver al oír hablar de lo que a él no le gustaba ni juzgaba necesario decirlo ni recordarlo pero le fastidiaba que le dijeran que solo él era sin saber lo que habría podido suceder si se daba la vuelta para ver el puente colgante por el que pasaba Juan con sus amigos y amigas gritando y sacando la lengua pero no le causaba disgusto por volubilidad siempre que se hacía el agradecido ante todo lo que había visto en la esquina cuando se detuvo sorpresivamente y le dije que nada importaba pero me respondió con los ojos que habría valido la pena no pensar y aclarar mojándose la cabeza rápido y sin ambages y yo no encontraba ningún medio de determinación cuando jugó con su lengua y sacó el pañuelo seco de su bolsillo acordándose de lo que le había dicho alguna vez en son de burla y mofándose secretamente ni para nada le servía lo que había aprendido cuando iba a la escuela y su





madre le tiraba las orejas hasta sangrar las manos yo le contesté que de todos modos de nada serviría estar alerta ni volver a pensar en el asunto sin acabar por fin de dirimir las cosas o que quién tuviese la culpa de lo que decía o se entrenase en el zaguán todas las mañanas de arriba abajo ni cualquiera que fuese el eco o la luz que le iluminaba no jugaba rol y lo que pasaba era tardío y sin razón y se puso un poco furioso cogiendo el velador pero volvió a la cordura y a hablar con voz leve y temblorosa y los ojos redondos y el cuello muy adelgazado sobre los hombros tambaleantes sin forma definitiva cuando el resplandor verde del patio comenzó a entrar poco a poco por la ventana y por la puerta medio abierta su madre se puso anémica y lloró y fué al mercado a discutir y comprar algunas cosas para la merienda que siempre era triste y pausada con el cordón de la luz bastante abajo negro que no se podía mover con la brisa de madre-selva otoñal que circulaba por uno y otro lado y las esquinas pero yo le dije que nada se iba a hacer en pro ni en contra por estas y estas razones que no me atendió y me miraba fijamente a la nariz que me rascaba como quien nada hace y tampoco me insultaba ni se debatía en dolores por una serie de abusos a que la tenía sujeta detrás de toda índole y cuestiones irreparables y yo me retiré secretamente de todo y me envolví bien y sollocé un po-

12

co con las narices bien apretadas cuando me
daba el aire fresco de la ventana.





LA HIJA DEL ARTISTA





Un inmenso hálito de fibras metálicas corre paralelamente al camino, señalado en su carrera lo más decisivo del campo: la sangre vertida por la hija del artista.

La hija del artista es pálida, lleva velo, su cuerpo es alto y perfumado; acostumbra sostener con una mano el hálito de fibras metálicas.

Sin instrumento adecuado, sin un fin previsto, la hija del artista se sumerge en vagos recuerdos, en ansias de superarse. Pero la mortal figura del ángel pone término a las remembranzas, cortando su mano con la espada de fuego y arrebatándole el hálito de fibras metálicas.

En el fragor del invierno surge despedazada la imagen de los vientos; se encarama a todos los cuerpos deformados por las jorobas, y lleva en sí la idea suicida de las hojas saltonas y semi enterradas en huellas de víbo-



ra. Sigue su curso en la amplitud de la noche, hasta alcanzar un punto fijado por la hija del artista, arrastrando tras sí lo cómico e insulso que encuentra en el vidrioso camino de malestar y espanto.

Arrancando incesantemente los fútiles recuerdos que encuentra débilmente sonrosados por varias capas de duraznos y bolas de billar, se tiende lívidamente la imagen de los vientos en la meseta rocosa que construyó durante su niñez la hija del artista, y duerme tiernamente con el murmullo condicional de los cíclopes taciturnos: pasa volando una figura de cera que saca sol para licuarse con la intención de caer en forma de gota sobre uno de los ojos de la imagen de los vientos. Cae la figura y se estrella en mil fragmentos sobre la meseta rocosa; la imagen de los vientos se ha incorporado súbitamente, para viajar y llegar a un punto fijado por la hija del artista, y morar en eterna y pestilente unión con los mayores y más terribles monstruos del espacio. Sube, se inclina ligeramente, baja subyugada por las mesetas, inclina vigorosamente el ser hacia el subido color azul. Vaga insulsa y audazmente, llegando dolorida a todos los intersticios, sorprendiendo coitos, arañando garras del pillo mugriento, estrellándose contra la cojera de las lavanderas, destrozando hojas blancas y amarillas del pistón automático; sube mezclando lo desesperado del frío con el ta-



blero lluvioso que alguien ha prendido en la felpa del cortinaje.

La hija del artista, alta. El rostro corroído por las fibras metálicas, y el hálito de las fibras metálicas en su aliento puro y tibio; construyendo sin descanso imágenes en bruto, para soltarlas en forma de aves a la infinita diversidad de picachos semi estirados, y mirando formas hechas de ceniza con el elevado afán de gastar la forma y tornarla bruma pegada a la rueda veloz de alguien bañado en aceite.

La hija del artista, alta. Parte del pie desnudo, la garganta hecha girones por los picotazos; bajando la montaña con ademanes grotescos, y mirándola de perfil todos los erizos en continuo derrame de emoción y sangre, ¡ja, en aras de la libertad universal de los ángeles y de los contornos humanos y dilatados

La anciana y arrugada mujer está sentada frente a la puerta débil y angosta que golpea furiosamente contra el marco sumido en goteras y carcomido por los cuerpos aplastados de las arañas que hace años pasaron rápidas para iniciar idilios funestos en la reja de la sinrazón. La anciana y arrugada mujer está frente a la puerta débil y angosta. Tiritando y mascoteando cantidades de fibras metálicas, se encamina poco a poco, para hallar la distancia entre los cuerpos aplastados y las vírgenes y las mariposas incrustadas en la reja de la sinrazón. La anciana y arrugada mujer no



llega. Sube, tiembla de temor y retumba en su cabeza la mortal figura del ángel, y la ensordece el estrépito de luces y formas opacas desprendidas al acaso por la espada de fuego.

* * *

Hay melancolía en la hija del artista, y su garganta hecha girones destila sangre y emoción. Hay altura, perfume, velo, pie un poco desnudo, majestad al bajar y estrías en el rostro pálido. Hay vitalidad en los brazos y en las piernas.

Una noche estaban congeladas todas las mesetas que construyó en su niñez y murió la hija del artista. Rodearon su cuerpo todas las figuras e imágenes, e hicieron de todas las mesetas juegos de billar. Rodó una esfera hacia los pinos verdes, y su murmullo fué a incrustarse en la boca de la muerta. Se estrelló después en una de las concavidades más profundas de la noche, e hizo saltar fragmentos pesados y trinos de águilas. Tomó forma de flecha y fué a clavarse en la punta de la nariz de la hija del artista; fuente lumínica de nariz y de forma ojival, que rebasa todos los límites de meseta y va a regar las pendientes suaves de la montaña; ojival y nariz fuente lumínica, o nariz lumínica que va acabándose lentamente, con una lentitud propia de las fuentes luminosas; serenidad subyugante de la hija del artis-



ta, que riega todo lo que está y no está fuera de ella.

* * *

Llevando globos en la mano, los niños pasean durante la mañana en la blanca y asoleada avenida de gardenias, jazmines, uvas y naranjas. Sus padres y madres los siguen, mirando lo torcido de sus zapatos y la gracia de los globos y la mugre de las manos. Todo el mundo masca tabaco durante la mañana en esta blanca y asoleada avenida arrojando espuma en busca de algo parecido a la hija del artista o de la búsqueda, ampliando sus ademanes con las manchas de sudor de la ropa y limpiándose las gargantas con palos que arrancan de los árboles, moviendo las pestañas y mordiendo los labios ajenos en un movimiento de olas de pánico por no encontrar nada en una inmovilidad de bolas de billar.

Todo el mundo masca tabaco durante la mañana. Ahí están moviendo las pestañas que sujetan en su tenacidad la esquina del hipo. Ahí están con muladares que siguen los pasos y arrancan violentamente la cosa al grito confuso del disparate que nació cuando la anciana contemplaba un bañador pleno de sangre.





1 8 5 4 2





Vierochskaya con sombrero en el trapecio, la cara en descenso vigoroso de luz y sin calor de fuente. La cara, acantilada cuando la idea de ir hasta el fondo, y tropieza en mí lo fatal de aureola con difícil ascensión hacia la morada de Dios.

En Vierochskaya, como que en viento haya hallado tendido de espaldas, la rubia mujer anda toda la noche.

Había lanzado en lo oscuro la rueda ademanes violentos, y se da el caso análogo paralelo de brazos. Aquí el punto de vista de la estrella, aquí la gran campana, vivienda de nada, nada, tumbándose la cabeza y desconocer una sombra perfecta del árbol.

Vierochskaya y yo miramos por la solapa en idea de ir humeando hasta acabarse. Escucha (por eso) con los ojos cerrados: tanto corazón en tan poco mar.

Tanto de sonar eso en tan lejos; un grupo



de basura con perro en el centro parece sonda a salir por el otro lado de la tierra y enlazar una casa con jardín, luego de lo cual al encontrar la niña en estaca hasta el perímetro, convulsionadas las orejas y convulsionados los labios, entra la vida por los ojos y el olfato por discernir con parado gigante. Al fondo el eco y gritos de discernimiento.

Hasta entrada la noche canta el pájaro y nada como Vieroehskaya al asomar su estructura el rollo de antena que se oye bajando al borde interior del mar. Hasta entrada la noche canta el pájaro.

Hasta aquí con la maraña de cabellos, conviene con la espada sumirse en cada compás de lo desesperado en los furiosos contragolpes de los círculos, llevando una mano hasta el punto de suspender la tela azul o verde y contemplar la aparatosidad con que la punta del pelo baja a la cara, produciendo el escozor característico en la amorosa visión de los colores.

Son pocas las oportunidades de silbar con fuerza para descubrir que se es emotivo; son pocas, y esta es la razón por la cual las dichas oportunidades son preciosas. Brillando al centro de la lágrima, que en la mesa en manera de borde crece a cubrir los objetos y posteriormente saltar de los asientos a miles de personas, que en actitud de mala idea con colores de jardín hacen señas a lo hondo y dialogan

con otro de luz en forma de raya al vaciar su contenido una flor de papel.

Vi en Vierochskaya lo inútil de taladrar en jadeo inmenso al tronar la caja mojando alrededores de caminos; gotas alcohólicas en el ceño. Vi la ilusión U en Vierochskaya, dibujé la línea durante la pesadumbre sarnosa, y Vierochskaya de la mano al tornarse amarillo el jardín con los moscardones de braguetas desabrochadas.

Los cargamentos pasan. Pesadamente cruzan la mirada los cargamentos, enarbolando gruesas trenzas al decir yo adiós y caer mi cuerpo en lo cercano del color o de lo que alguien durmió una noche íntegra de la cloaca en barril de mal olor vertido. Altamente seca, mi carne recibe el aletazo de la carne fresca, en alusión de palmoteo de manos durante el fuego artificial en Vierochskaya, al sentarse un bulto y adoptar la forma de U.

Apártense de mi lado las bestias feroces; hálleselas combinando partes no pisadas de hierba y partes dolorosas del cuerpo, haciendo en manera de molino para sonar el aire ante la vibración. Ataque con su lanza hacia afuera y marche el idiota cantando una canción de amor. Irrite los caminos, muerda las manos de nerviosidad y haga rodar hasta acabar el camino una bola que tenga su esencia en los ardores del empeine.

Hállome confundido, torcido mi saco al



temblar y elástico mis piernas. Hállome triste, solo, colocándome las manos a la boca en cuarto oscuro y al reír como lo que además de carbón de piedra sube y baja para amoldar el pie y la lana en ceniza suave y al viento.

Hállome en idea de U corriendo en pies barro campos que no hay casas con techo rojo-verja ojal para mirar más claramente hállome gesticulando en idea del arroyuelo levantando los brazos al cruzar árbol golondrina ballet botón lágrima de bola caracoles.

Y Vierochskaya: hasta entrada la noche canta el pájaro, dando luz a la mirada una bolita como de dos centímetros de diámetro, la cual bolita no es lágrima sino hoyo donde va a parar el camino.

Desentonadamente, al cubrir el mundo la tela del descarnado borrico, patalea la música en forzoso tumulto de instrumentos de viento: es el ademán del artista al sentir Vierochskaya lo tímido en él. Y el momento de lo trémulo pierde de vista en catapulta al nacer el nuevo día en huevo.

En viscoso alarido chupa la cola el ratón vaciando en una esquina lo contenido del acuoso en bolsillo al hincarse cuando luna de cartón en materia de escolares fragancias cazando zancudos en la habitación U.

El bamboleo corazón cuando no haya dormido, lo contemplar mesas de hornos, mirada la cara en cualquier estilo de sillas o zapatos, y



bramando furiosamente por las narices al arrojar canas en afán elevado de colchón al sol.

Suena el cuarto oscuro temiendo el desenlace fatal. (Este es el ademán del artista al sentir Vierochskaya lo tímido en él). Nada de portapliegos sentaditos como duendes; nada del viaje del artista al patíbulo; nada de matrimonios cuando se haya desencadenado lo tibio de la noche. He aquí que Vierochskaya se tiende y suena como esqueleto su respiración.

El traqueteo del tren ha cesado y nada de viajes. Todas las bocas en U y nada de besos. Las suelas de los botines, rotas, y el aire dentro; nada de baile.





LA NAVE ALARGA SU SOMBRA





“Adiós”: mantenida en el aire por el viento, la nave alarga su sombra con desperdicios y cuencas rotas. Hay caminos desgastados y lo silencioso parece cuna; dominado por el furor, el grillo pateo los caminos.

En manera de vómito hacia la silueta, en medio de la sombra llena de palos y durmientes con exagerado ademán de rodillas sobresalidas del cúmulo, bastante embotelladas las tinajas de sal. Sube la montaña dejando atrás el camino. Con dolor del pie su dificultoso tanteo se detiene sobre la pista y muere el cargado mono batiendo pedazos y bolas.

Caiga la cara en el corte de la nuez, y la nuez se pulverice y saque tierra de los alrededores; caiga la cara y vayan al río los machos, llevando grasa y plumas de ave. Y silbando algo, lo despechado del duende devora la casa. Va luz a otra parte y la superficie queda en reposo. Viaja el vaho que produce la mano:

hastiado, salpica gotas en lo torcido, andando en forma de tenaza.

La curva es suave y larga. Pierde sus puntas en el sonoro badil cogiendo pasto, y el momento en que patea el grillo, sulfurosas gotas y burbujas se suspenden hasta llegar a un punto donde ha matado lo incoloro la curva suave y larga. Ven, asno comiendo sapo, y di en voz alta cuál gota arrancó primero algún corte oblicuo para ver luz.

Camino y gente cortan leña durante la noche, y tragando bestias corre con las manos atrás el sonoro golpe de mazo: indeciblemente irío, eso del badil atrae artistas y cubre locamente la grande y recordada figura del preso que primero fué calvo y en seguida marchó al corazón.

En difícil trayectoria de imitar con la mirada, manchando de sesos la mesa o frotando el reverso de la mano contra la puerta, ha penetrado rápidamente el coloso en la imagen volcada del sombrero, trayendo en las manos algo parecido a la marcha de la noche por el ave. Ha penetrado y es suficiente lo que ocupa una piedra para arrojar pedazos de papel y linternas en la cañahueca de los campos.

Un cuello de hombre, o de ave diseñada en piel asoma sus dos líneas marchitando con su sombra una flor verdosa. Pasa la mirada y el cuello vuelve a su lugar primitivo, dejando en la flor verdosa sus dos líneas.

* * *

Espumosa y de colores es la nave, y enorme; la nave aparece lejana y una bella contorsión surge este momento para imprimir humildad en lo que se piensa que se va: lo que se va es grande como la nave, y de un desconocido color.

Un trapo blanco es imitado por el ojo, pero nada debe mezclarse con lo que se va; no se hable en este momento de agitar pañuelos y rodar en esferas de suspiros, ni del grito cóncavo que llega fácilmente hasta la nave: "adiós". Háblese del transcurso de la noche en la nave, y de lo que no es lluvia sino cordón quemando su recuerdo en la popa.

Los elásticos manuales fabrican la palabra "adiós" en pequeñas y seguras cajas sobre la mesa de la nave. Dejan pasar el círculo del ojo, y la trompuda característica de la nube corre en busca de pelotas de goma. No debe confundirse lo cercano en la fuente lumínica con el salto que trae consigo el lejano mastodonte. Disueltas las burbujas, todo lo que tiene la emoción de colorees vivos y suaves cubre con su palpito los campos, los corderos, el río rechinante, los aserraderos subterráneos, la casa de goma lejos y banderas subidas en la grave cabeza que surge en medio del residuo caballar y el camino donde hace tiempo que

no se puede decir fué onomástico sensible y lleno de porosidades en el llanto.

Tanta suerte en la nave, y emoción; la calidad más alta en el onomástico retumba el crecimiento de uñas al caer la pelota y rebotar en el mar, masticando un pedazo de goma que hace tiempo estuvo en el cementerio; tan sensibles los poros, y durante el diseño o la marcha atrás, lo denso, lo lento, la decrepitud honda señalan el único camino de duendes y cosas dilatadas en el contorno de una figura tendida y los brazos abiertos y largos hasta encontrarse.

* * *

Lo que se va aparece en el perímetro de la noche de caminos y de manos al agitarse en perforación de papel y dirigir la mirada hacia arriba.

Bajo los pinos, cuando la nave puede ser no hay, con colores naturales en las mejillas, desabrochada la camisa y el hombro en un palo, lo que se va mancha el saco y las costillas con la punta de un alfiler y barre secantes usados al salir o entrar el sol un haz de luz en los bloques de cemento y parte la madera una pestaña en el ojo y faltan orejas para escuchar la patada de grillo en la respiración de lo extenso.

En corneta un poco abollada, lóbrega y



concienzuda, la noche aparece. Está durmiendo algo, y transfiguran su vena las hojas y las piedras. Aparece la antigua perfección de la nave llevando en su costado y durmiendo con el mástil al mirar por encima un escalofriante asno en el pasto, y la fogata del árbol mantiene la cosa rasgada abandonada en una esquina de la habitación, mordiendo una punta de frazada la nave y con brillo el mirar lento, grande o azul de la estructura de “adiós”.

“Por mí, por ti, por lo que se va”, oigo decir a un borracho que brinda su copa azul. La nave con poderoso cargamento de luces pasa, vigorosamente dotados de “adiós” sus no terminados maderámenes, al suspender sus señales las copas azules del mundo. Envíeme a la elipse la patada de grillo, y córtese un mechón de cabello durante lo más adherido de la noche: la nave.

Con brillo el mirar lento, grande o azul de la estructura de “adiós”, las rebanadas de pan se van destruyendo en lo más íntimo de su miga: con dolor del pie su dificultoso tanteo se detiene sobre la pista, y muere el cargado mono batiendo pedazos y bolas.

“Adiós” hace señas con noble horizontalidad.





11





**SOBRE EL ESPANTO EN LOS JARDINES
BAJO LA LLUVIA**





En uno de los remotos confines del jardín, una gallina ha puesto un huevo después de la lluvia.

La gallina, en actitud idílica, estaba conteniéndose de poner el huevo mientras llovía.

Sus ojos redondos y rojos haciendo un ademán de elíptica en el derredor de la duración lluviosa dormitaban mientras contemplaba melancólicamente la accidentada configuración del jardín, en tanto las masas de la lluvia se insumían aquí y allá, más adentro y más arriba, más hacia la cañería en conexión con la lejana, brumosa, llena de ruidos-casa. Los pastores de alguna parte del mundo le incitaban rebelión a la gallina, pero la gallina no quería rebelarse porque tenía ganas de poner un huevo. Los pastores se alejaron a una región todavía más remota de la que vivían en el mundo y no volvieron a preocuparse por la gallina.



Terminada la lluvia la gallina salió de su agujero, fué cojeando a uno de sus lugares preferidos, se sentó cómodamente y puso el huevo sobre la tierra.

* * *

Son molestos los ruidos cuando la gallina pone huevos. Terminada la lluvia, suplantaron al ruido de la lluvia otros ruidos, extraños y exóticos para la gallina. Por ejemplo: "El cigarrillo que me has dado está muy suelto y no se lo puede fumar", dijo una voz tras del muro. La gallina, en tanto ponía el huevo, agachó la cabeza, reclinó su lóbrego hombro y escuchando atentamente no supo qué decirse a sí misma. Otra cosa era que sintiese el estruendo de su organismo al poner el huevo.

Distinto era que sintiese atragantarse el buche al sólo pensar en que estaba poniendo un huevo. Distinto que, mientras estuviera sentada, aplastara sin darse cuenta una araña surgida desde la humedad. Era muy otra cosa el ruido del huevo en comparación del ruido que venía de la ciudad, y de la casa que era dueña del huevo.

Todo, naturalmente, era distinto del huevo. El huevo se hallaba solo después de la lluvia, inclusive abandonado por su madre. El huevo no tenía novia en el exterior, porque su novia estaba dentro del huevo mismo sin po-

der hablar ni reír. En el remoto paraje del jardín el huevo estaba solo, sin poder moverse ni gritar, ni emitir hipo hacia el mundo.

“Dónde desembocaré”, le preguntó el huevo a su novia, desde adentro. La novia no le contestó porque el germen no tiene boca y la voz del germen es callada, sin mímica y no tiene configuración para poder hablar. Pero el huevo comprendió el silencioso peso de su novia. El huevo, mojado con el terroso ademán de la lluvia y con un poco de sangre de su madre estaba ahí con su rara actitud en el paraje del jardín, insuflando espanto inclusive en los escarabajos que con sus patas, poderosas y perfiladas contra el cielo, pueden tranquilamente hacer rodar por lo menos dos centímetros a un huevo en la agreste configuración del jardín.

(El escarabajo eleva hacia la noche de su coraza las antenas, cuando escucha el pito del tren).

* * *

No se puede decir, tan siquiera dentro del campo ilusorio, que al huevo pueda dolerle algo. Acaso has encontrado alguna vez, al comer un huevo, sea frito, crudo o pasado, algo que no se parezca al huevo mismo. Acaso, cuando alguna vez has llevado en el bolsillo un huevo, y se te ha roto, has encontrado al-



go duro que no sea llanamente la cáscara, en pedazos, y el misterio pegajoso del huevo propiamente dicho.

Esto no has de saberlo aunque mueras o investigues durante los años que te quedan de vida. Yo te desafío. Pero, ven, siéntate a mi lado con un poco de vino, y cuéntame acerca del peso del huevo en la tierra, y acerca de la gallina y de la lluvia y de los ruidos extraños que advierte el huevo. Tú sabes acerca de todo.

* * *

“Hay una voz cálida en el medio de la noche. Es la voz del huevo que canta su orgullo y su armonía. Hay una voz cálida que retruena en el espacio y se acerca a la teoría de la transmigración. Esa voz es tu voz y la voz de tu amada, y esa voz es la voz de todos los muertos porque tú y ella conocen el secreto de los muertos.

“En esa voz está el secreto de todo; en esa voz está yéndose tu alma, y el alma de todo; que te inyecten algo y te librarás de escuchar esa voz que te imprime el huevo.

“En medio del espanto de la mañana; en los derredores del cielo azul; en la ráfaga del viento que se estrella en las colinas distantes, existe una gradería roja donde se siente la emoción espantable.



“Alguien muy de mañana ha ido a la gradería roja, llevando exprofeso un huevo para proporcionarle distracción. El huevo está callado en el bolsillo, pero escucha y siente todo. Inclusive la actitud extraña de las gentes que acuden ufanas a la gradería.

“Una voz, cálida e ingenua, una voz vestida de mordoré, una voz bajita y triste—de—triste, canta en el aire libre:

Pequeña,
Yo te llamo mi pequeña,
Pequeña,
Pequeña...

“El huevo junto a uno se emociona; y al finalizar el festival, estalla.

“El huevo tiene en sí toda la emoción de la lluvia y del germen de la amada. Uno lo lleva en forma líquida a su casa, saca cuidadosamente el forro del bolsillo, y vierte el espíritu del huevo en la sartén y fríe el espíritu del huevo.

“La melodía bulle en la sartén como si la psique fuera música y es entonces cuando uno finge aprehender la esencia y la dicha de haber conferido felicidad y término al huevo.

“Esta es en parte, alma de mi alma, la historia del huevo puesto en la tierra del jardín después de la lluvia.

“Para finalizar he de decirte que hay que



tenerle pena y horror al huevo porque es callado, elíptico y substancial; y porque en su inmensa y dulce humildad, tiene más impulso que el Apocalipsis; y además porque vale más que un hombre, desde el momento en que el hombre no sabe el misterio del huevo, en tanto el huevo sabe el misterio del hombre.

“He tomado vino a tu lado. Te he contado parte de la historia del huevo y ahora me retiro sin decir una palabra más, contento de haber cumplido una misión contigo”.

* * *

Mi anterior fuente de información se fué con los ojos rutilantes. Voló hacia la lejanía después de decir sus últimas palabras. Escupió una saliva pura — tan pura como no tienes idea — y sacándose los zapatos para no hacer ruido, un pie aquí, otro allá, se alejó en dirección a las regiones inefables y dulces donde tienen su origen la música y la respiración.

Por mi parte consulté directamente con el huevo. Tuve que desarrollar un procedimiento inventado con devoción. Primero escuché “Los tres granaderos” y luego “No me digas buenas noches”. Puse el huevo sobre mi mesa y le dije: “Voy a dormir y durante el sueño me comunicarás tus secretos”.

Después de larga espera me dormí. Obedeciendo a mi llamado el huevo ingresó pau-



sadamente por mi oreja izquierda y se posesionó en el fondo cantando una larga canción.

Me dijo:

“Soy muy solo, y no puedes imaginar lo que siento cuando yo — que tengo voz — le hablo a mi novia, y no puede contestarme porque no tiene voz. Es por eso que yo canto largas canciones de despedida. No puedo solucionar mi problema simplemente con el germen, porque es muy callado y oculto. Para dar algo necesita impulsión exterior, sea de amor o espeluznamiento, pero yo, así tal como me ves, no puedo hacer esto por su cuenta”.

Yo le dije en el sueño:

“Tengo yo, huevo, mucha ternura por ti, pero no puedo hacer nada. No se puede conferir a la gallina más capacidad de la que tiene, ni hacer que actúe por su cuenta porque la casa es dueña de ella. Tampoco se puede hacer que nazcas de otra fuente, porque así dejarías de ser huevo. Anda, rueda por los alrededores del jardín después de la lluvia y ruega que alguien alguna vez te lleve a un espectáculo al aire libre.

“Mientras tanto, yo oraré por ti a mi alma y al alma de mi alma; almas que tienen una fuerza que tú no imaginas: mayor y más aterradoras que la fuerza que tiene tu soledad”.





EL DIA DE LOS INFORTUNIOS

(La mosca)





—Luz de una calle nombrada a la memoria de los que nunca han nacido.

—¿Tienen las moscas amor al ser humano? (Tal vez).

—No me digas “nunca”.

—Has formado una cuna con tus ojos.

—Contornos vitales de ceguera, de muerte.

—La lluvia.

—El ala.

—La pata.

—La barriga blanca.

—Otra vez la pata.

—Lo que sucede hoy no sucede nunca.

—Unas moscas que no tienen plumas ni coquetería.

—Una bandera.

—El poste.

—Cuando se desgarran el corazón, la noche se conmueve y llora.

—Los ojos rojos y redondos.

—La mosca no molesta al caballo.

—Fragores inquietantes.

* * *

“No puede ser”, le dijo, “no puede ser que rompas una ventana de morgue con una piedra, con tu brazo o con una razón cualquiera”.

“Tal vez así sea”, le contestó el hombre en portugués. “Son muchas las razones que tengo para romper una ventana de morgue”.

Al fondo, en el laberinto del cielo, se divisaba claramente la figura de un adonis. Sus clavículas rellenaban un fragmento del universo. Con uno de sus codos, sostuvo un hondo suspiro frente a los estrechos peldaños de la conciencia.

Detenido como estaba el laberinto del cielo, en una diminuta perspectiva se vió un relámpago, y unos pasos más allá, vino a retornar su ruido — mientras el ardor de las cosas rompía calladamente el sino angustioso de los muertos y de los vivos.

Mientras tanto, en el hondo fango de mal-estar se movía escuchando aquella conversación un ser hinchado y acabado de salir de una piscina que se llamaba “Lo que no quieres que te suceda”. Removía los ángulos de sus hombros mientras escuchaba aquella conversación.

Se secaba las lágrimas y los cabellos y soñaba con haber nacido en alguna calle que se llamara “A la memoria de los que no han nacido”. Resucitaba cada instante, y su nom-



bre, inscrito desde hace mucho tiempo en las montañas, era: “No escribas en mi mente adormecida por la locura”.

Repitiendo su nombre durante cada momento del suspiro, se decía en un tono amarillo y voraz: “Allá estoy, maldiciendo a los cadáveres y escuchando conversaciones ajenas, mientras los olores de la mirada se pierden en la adormidera eterna de la vida que ama, y en los pasos aborrecibles de los seres que padecen de conjuntivitis”.

Agachó hacia la izquierda su cabeza húmeda, miró en torno suyo las formidables intenciones del perro con cara de persona — que no puede fumar — y que sin embargo bate la cola y tiene una extraña sensibilidad para la metamorfosis. Miró la alegría cansada de la cola, y, sin el atrevimiento de formularse pregunta alguna, resolvió no dirigir más su cabeza hacia la mirada demoníaca del perro que no sabe fumar.

* * *

Da contento mirar, a poca distancia de uno, seres que tienen ojos, nariz, boca, cuatro extremidades, expresión sincera, pero que sin embargo no hablan. Uno desprecia a esos seres porque son ordinarios, y porque sus crías no dan fiduciario. (Sus perritos habrán de ser ahogados inmediatamente de que nazcan para



no. causar molestias a los sobrinos de alguien, pero de todos modos serán vendidos en alguna parte del mundo).

Me contempla con una mirada criminal, tuerce los ojos como si yo tuviera la culpa de que fuese perro. Su cola: — alegría cansada — realmente disfruta de algo inconcebible y maravilloso. Parece en su envoltura un cadáver con la extraña virtud de respirar, precisamente, el día de los infortunios.

Me sigue contemplando. Su voz no es voz, su mirada no es mirada, su tacto no es tacto, su nariz no es nariz, su tristeza no es tristeza, su muerte no es muerte, su resfriado no es resfriado, el bulto de su cuerpo no es bulto, ni la gravidez de la que ha de morir es gravidez.

Está preocupado y no se sabe lo que piensa. Hay una tristeza deslumbrante en su existencia. Cómo, en qué calidad, sentirá el ruido de cajones, cuarenta o cincuenta, transportados en un camión. Cómo colgará sus ojos en la luna. Cómo apreciará el hecho de que sus dueños, perversos o no, destilen en su vientres infusiones de manzanilla.

* * *

Pero yo soy un hombre de hondos suspiros. Me conmueve la vida. Los ardores del universo me hacen sal en las narices. La san-



gre se agolpa en mi frente, y por eso siento náuseas.

Al día siguiente del día de los infortunios, siento rabia y tristeza. Yo tengo culpa por haber engendrado perros, por dar paso a la lluvia, por iniciar campañas contra los cadáveres, por haber sido testigo de la unión entre la luna y la muerte, por formular imitaciones del color, por mirar con acento dolido lo súbito y espantable que se puede hallar entre la colina y un hombre muerto, o vivo, o loco, que es lo mismo.

El día de los infortunios es lo mismo que todo.

“No, no puede ser que rompas una ventana”. A lo lejos, la voz del cielo aconseja otra cosa. Pero ya debo retirarme, porque las voces del infortunio y de mis antepasados me llaman.

Estoy resfriado, y por eso no merezco hospitalidad.

Yo renazco cada cierta temporada, y por eso lloro para dar función a mis manos, que, pese a ser grandes, sufren extraordinariamente.

Tengo frío porque he tocado el día de los infortunios. El cielo está tibiamente azul ahora. Y yo estoy solo: nadie me dice, “no estés solo, yo me llamo consuelo y compañía y a la vez soledad”.

No hay nadie. Estoy estupefacto. Todos se han ido de mí, y “te vas a morir, eso es lo que he determinado”, dice una niña que pasa fugaz, probablemente en busca de alguna aljofaina ilusoria.





TU Y LOS INSECTOS





Schwartz
5.

Hay en tu alma un figura negra, y es el alma del gallo negro.

El gallo negro canta, anda unos pasos y te encuentra a ti. Dos atardeceres más lejos, dos atardeceres más allá, uno ha comprendido que el gallo negro tiene la virtud de cantar.

Es como si una canción de cuna que estuviera rondando en derredor de tu alma, te indujese a que me despertaras. Es como si el vuelo de una mosca insigne te diera a entender que debes despertarme.

Ese momento, eres tú.

Eres tú, y por lo tanto, ese momento, quiero discriminar acerca de tus venas azules, de tu hondo y risueño aliento, de tu rumoroso impulso vital. “Adiós”, quiero decirte ese momento, pero no puedo.

Rara es la vez que apareces ante mí al atardecer. Tú, divina música de las uñas y del páncreas; estupenda melancolía de la muñeca y del sueño, rara vez apareces al atardecer.

Tienes tú la luz y los colores del espectro. Esos colores que le dan a conocer a uno la mitad del misterio, la mitad de ti, la mitad de la mosca, la mitad de la mesa; esa mitad de lo elemental siempre. (Pero todavía no ha llegado la hora de mi muerte, y mientras tanto te digo simplemente que eres una dama indefiniblemente dulce, pulcramente musical, tienes el roce de los espectrales colores, y el frío, blanco sollozo de los cuerpos).

“Pero”, dijo una voz desde adelante, “no siempre es propiamente suyo el impulso por el amor de todas las cosas del universo, sino que ese amor se genera a través del poderío con que el universo la ama”.

Y continuó diciendo:

“Has de comprender que el universo la ama con su luz especial, con el peso de sus órbitas; con el antiguo e inédito conocimiento de la formación de los cuerpos. Ella merece ser amada por el universo, y el universo merece amarla. Aún más: el universo está orgulloso de amarla. Por lo tanto, ella muere y vive más que tú, porque es poseedora de secretos y misterios a los cuales no has de alcanzar nunca”.





* * *

Tuyas son mis venas, tuya es la canción permanente de mis arterias, tuyo el isócrono y fúnebre compás de mi corazón. Tuya es la dimensión visual que tengo del mundo, y es así porque tú eres, eres tú, y permanentemente estás delante mío. Horriblemente en mi presencia, tú.

Detén la elíptica de tus orejas alrededor del eje de tu cuello, para escuchar la canción del grillo. Escucha el canto de la rana, y los rumores que formulan tan empecinada, irrazonablemente todos los insectos. (Ven aquí, así risueña y limpia, y discrimina el remoto monólogo de la araña después de haber sido asesinada con algo parecido a la base de un jarro enlozado).

Ven y contempla cómo la mecánica del silencioso diálogo entre un misterioso escarabajo cuyo nombre no me acuerdo y la mosca que no puede morder pero que muerde, afecta a tu mímica, afecta a tu brazo, afecta a tu sonrisa y afecta totalmente a tú, como ente amado por el universo.

* * *

Fuera de toda duda, tú eres parte del tren. Tú eres el ángel del tren. Le imprimes una severa melancolía al pito del tren, y al



choque violento de las ruedas veloces con las juntas quemadas de los rieles; y a la campana, y a los ojos desmoronados del maquinista, y a los vivaces del jefe de estación, y a los fuelles musicales que rechinan en cada uno de los vagones, y a las ventanas tan cuadradas, y a toda la mecánica en virtud de la cual el tren se mueve para producir un ruido inventado por ti.

Tú eres dueña del tren. Cuando el tren cruza veloz a través de las estepas, en medio de la luz fría de la luna, distendido en el resuello cósmico, se acuerdan todos alguna vez haber visto tu figura, haber escuchado tu voz en las estaciones, haber establecido con sus miradas melancólicas tu estatura, la forma de tu cabeza y la larga perspectiva de tu mirada en relación con tus tobillos.

Respiras, te reclinan hacia la ventana, y el tren vertiginoso y centelleante de misterio, inmenso como la locura, rojo de ira, intacto, permanentemente cerrado de ganglios, audaz y violento, se va hacia el horizonte donde tú lo estás esperando, y solamente tú.

Puede que una voz lejana, diga: "Vela por el tren como por un ser humano, porque ella está en el tren".

* * *

El idiota, con el racismo de intuiciones de



la mosca en una de sus solapas, se acerca a alguien y le dice:

“Mira en la penumbra, y comprenderás por qué soy idiota”.

Alguien, con paso rítmico y mirada altiva, se dirige resueltamente hacia la penumbra y escucha. Rosados, amarillos, a veces color barro, otras negros, con motitas sangrientas ya en la caparazón, ya en la barriga o en las patas, los ojos ebriamente fijos en la penumbra, se mueven los insectos, vivaces y pequeños, pesados, grandes como yo, y me pregunto: cuál, y cómo, ha sido la impresión que te causó el primer insecto de tu vida, en la plena niñez. Ha debido ser de espanto, de sorpresa ante el nuevo conocimiento. De inutilidad-terror, de blandura colorida, de celeridad substancial y mandibularia.

Pero lo más importante dentro del historial de los insectos y tú, es el primer grupo de tu experiencia. Delinea la niñez, la amarga niñez que todos tenemos.

Por ello, brindemos: “Mira en la penumbra”.

“Hay un ser” dice la voz, “que siempre vive en la penumbra, o sea en el lugar donde moran los insectos. Ese lugar tiene un olor que nadie conoce, porque habría que convertirse en insecto para conocerlo. Es un lugar llano, húmedo y musical, negro como el punto

de partida de las arterias, así, rumoroso como todo lo que hay en el cuerpo.

“Es un lugar indescriptible, hondo, un lugar en el que se puede encontrar la felicidad momentánea y contingente. Ese lugar está vedado para ti, y solamente es accesible durante los años que transcurren en la niñez. Es como Dios; está y no está, no está y está. Ella ha vivido los horrores de ese paraje durante su niñez, pero nunca esboces una idea que le dé a comprender este misterio. Sé prudente y jamás le enseñes un insecto, ni siquiera en la forma del ser humano.

“Sé, empero, siempre verdadero. Cuando no te levantes temprano por la obsesión de un insecto, y retruene en tu organismo el sabor de la pesadumbre, sé siempre verdadero y sufre en silencio. En silencio de insecto; piensa en la patada brutal que le da al jardín el escarabajo. Y en la horripilante huida del insecto hacia el paladar de ella, cuando de pronto siente el temor de perecer mordido.

“En la tumba, en la triste desolación de la picadura, en el horror de las bocas de la araña cuando súbitamente se le sube a uno, le muerde y sonrío, ahí está el silencio”.

* * *

“Siempre puedes tener un pino en tu presencia”, le dijo el ser de la voz.



Al fondo, unas plantas alegóricas, un escudo simbólico y una estatua del alma, le daban a la voz mayor hondura, más olor:

“He de alejarme un instante. Tienen no sé qué mis manos, y así no puedo hablar ni reír”.

Luego, con un brote de ámbar en el ceño, dijo:

“Siempre puedes tener un pino a tu lado. El pino, cualquiera que sea, siempre tendrá insectos, y su estructura se prestará siempre a crear un ambiente para los insectos.

“Por lo tanto ama al pino, porque es él tu único amigo, la única solución para que tú interpretes el misterio de los insectos, tan pavorosos y húmedos, tan razonablemente bellos, tan sutiles y blancos en el ámbito de sus estómagos.

“El insecto, en cierto modo, es el creador del hombre, porque le da la piedad y la medida de su grandeza. Ama al insecto, ten fe en él y no le des muerte nunca. Es el espejo de tu propio ser. Amalo en vida; e inventa formas de tumba para él luego de su muerte.

“El pino está viendo siempre nuestros líficos, y es una reminiscencia del atardecer de sus labios, y del gallo negro de su rencor, y del rencor del mar, y de todos los rencores que se puede crear en el mundo”.



Te has muerto, y ya no puedes volver a mí, pequeño insecto. Te he aplastado con mi mano, te he abominado por repugnante, y ya no puedes volver a mí.

Al pie del pino, yo te dejo solo y muerto, arrastrado hacia lo eterno por la fertilidad de tus patas.

Yo te veo, y lloro de tu propia soledad, porque eres mi soledad, mi propia hambre, mi propio destino. Mi propio deseo de amar con el canto de todos los seres que puedan hacerse tan milagrosos como la mosca.

Eres mi atardecer, insecto. Mi verde figura de hoja, la verde figura de la tumba en tus pómulos y en tus ojos oblicuos.

Eres el dolor de mis huesos y el motivo de mis cabellos; insecto, majestuoso mensajero de la biología.

* * *

Al atardecer, súbitamente y sin que yo lo sepa, han reventado tus ojos en virtud de la muerte.

Yo no sé a qué hora, y no sé cómo, han reventado tus ojos. A la izquierda de mi instinto está el atardecer y el blanco papel, y yo no sé cuándo ni cómo han reventado tus ojos.

Dónde está la figura del sueño para compensar este cuadro fúnebre.

Sin preocuparse ni mucho ni poco de la



Navidad (hacerlo sería fútil si se considera el sentido universal; el sepulcro, el color, el sonido, la ira o el llanto) hay que recordar la forma en que por primera vez vieron sus ojos, y la inflexión de su columna vertebral, y esa densa manta de viaje, o sus hombros, que siempre tañían su olor funeral sobre el vacío. Hay que recordar los lejanos acordes, las voces ebrias, fugitivas, que se perdían en la extensión de la noche.

Hay que recordar, despreocupadamente, los vestigios que dejó en las ciudades, en los flujos marinos, en las piedras y en la penumbra, y los hálitos, esos hálitos que se derrumbaron en el interior de una coquina que tuvo por nombre, "Dame las llaves cuando despunte el alba".





LA VELA Y EL VIENTO





Hay un hombre metido en el fuego, en tanto que otro observa su desventura desde los bordes del agua sin acometer la idea de la llama en que se debate la vela moribunda y distante de las realidades en que se torna plato o riñón la tierra, o en que un tomate pueda dar la sensación del color claro y rosado, para identificarse con los ardores de garganta que tienen los niños, sean bellos, sean víctimas de la viruela o hábiles equilibristas.

Por ventura, acaso tú no has visto alguna vez el núcleo de la llama, y no te has espantado ante su maravilla. Acaso no has pensado alguna vez en los ardores de las manos, en los ardores del cuello, en los del convento al amanecer, cuando uno busca algo que se parezca a una piedra bendita para comérsela; no has pensado acaso en la escarlatina del niño, de ése, cuajado de bosques, inmerso en la melancolía, alegórico y fino, demenzado por la



tormenta, suave de jabón, intrínsecamente blando, con su nuca alargada y sus labios monstruosos, y la camisa hecha pedazos, con un olor de flores en los hombros y en las rodillas.

Hay, en su actitud, una vela sobrenatural, que da la medida del destino. Hay sobre todo una minúscula aguja sobre su traje, que da la medida del fuego y del viento.

Si ves un incendio, te acuerdas de ella. Si ves el mar, te acuerdas de ella; y si ves los núcleos terrosos de los anchos y secos caminos, te acuerdas de ella.

Hay un lapso de rocas y de algarabías cuando tú prendes una vela para dar cierta alegoría a su muerte, tan minúscula, tan triste, lluviosa y redondeada por el fuego.

* * *

Ven. No me dejes. Acércate, aunque sea desde la tumba con canciones francesas, para que yo sueñe ante el infortunio de haber perdido a una de mis tías (una tía que me hizo comprender el mensaje de las moscas, que hasta ahora me rodean conmoviendo primero mis espaldas y luego mis hermosas orejas, destinadas al viento y a la proximidad de la vela y a la de los mares) y no poder ir al teatro al aire libre por el trueno

mente el fuego, después de pensar en el mar y sacarme con calma los padrastros de los muertos, cuya imagen te quería transmitir anoche a través de los oscuros y estrechos caminos que unen mi alma con el alma de las cosas.

Ruda y fulminante es la llama. (Había por ejemplo un ser que trabajaba en Suiza, pero ese ser, digamos, nunca trabajó en Suiza, ni en parte alguna, sino que se complacía en hacer mover la mesa como un bambú o como una ruda y fulminante llama, que a su vez tenía su reinado en Suiza, y no en el mar, para no ver el mar).

E.

“E”; sabes tú qué significa “E”.

“E” significa la muerte primera, la única muerte, la de uno, para que los otros se queden horriblemente solos y orgullosos de vivir y de lavarse con jabones finos.

Eso quiere decir “E”. “E”, tan muerta y silenciosa y arquitectónica como la vives ahora, para usarla o no y decir “estoy”, “una”, “era”, “espanto”, “espero”, “enagua”, “Caquiaviri”, “entonces”, “Erasmus”, o para decir: “escolar”, “estamos yendo a la casa de mi padre”, “estoy yo para invitarles alfajores”, “ensueño”, “no le hagan cosquillas a ningún señor en el colectivo”, “parece que se empeñan en no guardar las correas en su lugar”, “ranuras”, “todavía no han salido los rosquetes del



horno”, “hay unos hermanos que quieren vender su cafetería, pero al contado”, “la ropa está mojada”, “siempre quieres salir con la tuya”, “alcantarilla”.

Así es la “E”.

Lo atronador y curioso, lo mismo que la lluvia, es que no puedes aplicar tú la “E” o la “T” a ninguna otra letra del abecedario, y tampoco a la vela o al viento.

La vela y el viento son seres aparte. Incomprensibles. De esta incomprensión dimana tu tristeza. Es la incompatibilidad de tu alma con la vela y el viento.

Andate ahora a dormir con las cosas oscuras que siempre buscas y no encuentras.





**LAS CONDICIONES DE LA LUZ Y
DE LA SOMBRA**





No he de detenerme hasta encontrar el ángulo en que habitas. Estas condiciones de sombra, de costumbre, de vientos en que moras. Estos hálitos fríos de algo que nunca ha de conocerse me impelen a escribir sobre las condiciones de la luz y de la sombra. Soy en este momento un viento fabuloso y configuro los ruidos de las esquinas. No tengo amor a la piel, porque la piel es putrescible y no perdura. Perdura el cubo, y a él se le escribe. Más que la tarde, más que el color, y más aún que los canales y las sombras, perdura el cubo. El cubo perdura más que el dolor (al que le nace en el pecho un perro mirando atentamente salir la luna). Bufo el cubo en medio de la noche, como insecto quemado por los adioses, o un brazo descuidado por su propio cuerpo. Adoro al cubo. Qué blanco, qué inhumano, qué digno y lluvioso. Qué frío, qué extraño es el cubo dentro de su naturaleza de ángulos y de



rotundas mieses donde se alarga tanto la soledad.

Hay un suspiro en el mundo para el cubo. El cubo parece un niño abandonado, y hay que darle una urna para ampararlo, y besarle la frente, y evitar que lllore. El cubo es pro-penso al llanto.

* * *

Al construir algo sobre las condiciones de la luz y de la sombra, no hablo del color negro, sino del negro mismo, del negro humano, ese con sombrero redondo y mirada aturdida, a quien tanto quiero. Este negro, evidentemente, tiene la mirada aturdida, y se detiene en cada colina del mundo para ajustarse bien el sombrero sobre la frente sudorosa, sin presentir que su encéfalo tiene frío. Este negro es el desamparado y el desventurado porque no sabe de las condiciones de la luz y de la sombra. Hay imitaciones de negro en el sueño y un negro en todos nosotros.

* * *

Las condiciones de la luz y de la sombra facilitan el ingreso a un ámbito donde se escuche la melodía. Un alarido estupendo hace que te dé frío en la espalda, y otro alarido te hace escuchar el color mordoré: una melodía



eterna para ti. Puedes oirla con el sentimiento profundo de la mecánica; cómo viaja uno. De las manos de un niño como de las manos de un viajero con las ojeras azules.

* * *

Hay un dulce desdichado que tiene gesto de adormidera y pies errantes. Ha sido amigo de la forma angelical de un perro, y por ello hace dimanar de ti un abrigo de sombra, una pisada errante, un suspiro inconfundible. (Cada hermano, cada tía, cada abuela, cada jerarquía, cada uno, constituyen una entidad muy delicada, muy honda, casi destinada al fragor de la muerte).

Esa es la melodía. Cansancio, sentido de lo circular, de lo puro e impuro, apagarse de misterio. De esta vivencia arranca la orquesta su ronquido. El cuerpo de los trombones de vara: allá, al fondo, acogidos por los violines. Ellos, arraigados en los instrumentos mayores. Y surgen los fagotes y los oboes. Este es el clima para hablar acerca de la misteriosa melodía, que viene a la vera de la colina cada noche.

* * *

Sería un error hablar de las condiciones



de la luz y de la sombra, sin penetrar algo en el azul cristal de la tumba.

Soy capaz de permanecer dormido cinco días para comprobar que es risueño el cristal de la tumba: hay que poseer sentido del humor para adentrarse en ritornelos tales como las condiciones de la luz y de la sombra. Soy, y no soy a la vez, conocimiento de la tumba; la tumba es cristal incommovible, y el ser es desde el momento en que tiene la capacidad de morir.

Los misterios del cristal de tumba son indescifrables. Tan indescifrables como el significado de alguna cosa escrita en tiempos remotos por una araña. Como un riñón escarnecido o un vástago que saliese de uno mismo, y le dijese, "No quiero perderme para no ser el factor de las estrellas".

El número de un colectivo, un ganglio, un cigarrillo, un pez; todo puede desembocar sin atajos, pero con la condición de que abriguen alma, congruencia e incongruencia.



LOS ESPECTROS DE LA CIUDAD



“Hay”, me ha dicho alguien, “muchos espectros en la ciudad”. Entre ellos, espectros que golpean reiteradamente una u otra puerta. Espectros desventurados que no miden lo triste de su propio impulso, y divagan sus solitarios esfuerzos en medio de las llamaradas surgidas de la vitalidad fantasmagórica del que dice: “está aquí”, o “no hables”. O que dice, con ronco alarido: “no he dicho nada, por que no está aquí”.

Dice muchas cosas la gigantesca alegoría de los espectros tocando las puertas. Un acopio de risas, suspiros y reclamos se acomoda frente a las realidades del intrincado misterio manual, y de esas risas, suspiros y reclamos está hecho el talón espectral de aquella muerte que gime con valentía en el mar.



“Son muchos”, siguió diciéndome alguien, “incontables, los espectros que rondan en todos los ámbitos de la ciudad. Unos aman al fuego, residen en la canaleta que alguien dejó olvidada allá, por los perímetros sanguinolentos de la ciudad, por el recuerdo, por la angustiosa situación de haber confeccionado un manteo para recién interesarse en conversar con los otros e incontables espectros de la ciudad.

“Yo me remito a los cuerpos muertos de las ciudades, los cuales tienen la mágica perseverancia de acercarse, de tocarme las costillas, de verme el esternón con sus menudos ojos. No hay duda de que esos cuerpos habrán de levantarse, alguna vez. Habrán de levantarse porque son gentiles, para amarrarle a uno el lazo de los zapatos. Habrán de levantarse para ejercer la venganza, porque la venganza se ejerce también con gentileza.

“Acaso no has llegado a saber que los muertos son gentiles. Ellos, más que nosotros, tienen el don de la palabra. Son demoníacamente angélicos, y su fuerza reside en eso reflexivo que tratan de hacerle hablar a su interlocutor”.

* * *

Porque los espectros de la ciudad también saben viajar, y uno a veces los extraña. Es

entonces — es decir, cuando están ausentes — que los pájaros cantan más tranquilos, que los horrores se distiende más aún, que los labriegos dan la mano con mayor satisfacción, que los cerros son más altos, que la pacificación de los relojes se convierte en opereta, que los imbéciles se transfiguran; esto último porque los imbéciles no tienen la virtud mágica de reconocer a los espectros.

* * *

“Déjalo que cante”, me dijo alguien. “Porque si no dejas que cante, reconocerás tácitamente el olvido. Y el olvido, de todas maneras, es peligroso para gran parte de la humanidad, y consecuentemente para ti. Es el olvido el promotor de tu emoción, y la razón suprema de tu virtud para contemplar los espectros de la ciudad. Ves. Los espectros tienen el don del viaje y del olvido. Ellos no saben que nosotros los estamos contemplando, así, en la ráfaga que significa para el mundo una ciudad.

“Ellos, los espectros, son los dueños y señores del olvido. Son viajeros, pero sin embargo están siempre aquí. Y “aquí”, — ten en cuenta — es la ciudad. Aquí, siempre aquí”.

* * *

Cuando rozas con el hombro una esquina de alguna ciudad, viene a ti un escalofrío de espanto. Ves, a lo lejos, en una botica, por ejemplo, un espectro que te hace señas, o, en un balcón, así a lo lejos, otro espectro que está moliendo café.

O bien, cuando suspiras frente a la ciudad, ves espectros de otra clase, de otra calidad. Espectros que desmienten la substancia del pensamiento.

Espectros cuya actitud desmiente la función del hígado y toda otra función. Ni las sombras, ni el sol, ni las casas, ni las amplias plazas, ni el hondo sentido de las canaletas, ni los dolores de la frente al contemplar la luna, pueden evitar la presencia de los espectros en las ciudades.

Son espectros. Están siempre en tu alma.



**PARAFRASIS DE "¿Y LE HAS DICHO?
¿O NO?"**





La paráfrasis de lo que había dicho se parece a Wiesbaden. Con lo lluviosa y fugitiva que es, con lo clara que es, y con esa capacidad súbita que tiene para mezclarse entre el tumulto, luego de pasar a cinco centímetros de mí, sin apenas conocerme, o como si nos hubiésemos conocido alguna vez en la orilla de algún mar profundo, con lana en el fondo, y, en la superficie, con peces ardientes, ahuecados hacia la espalda y la columna vertebral un poco rígida. Peces con la maravillosa capacidad de individualizar. Te llaman por tu nombre, aunque no lo creas. Contrariamente a los otros géneros de peces, pueden girar sus pupilas para seguir tus movimientos, y pueden (este es un extraño caso de devoción) salir del mar y arrastrarse arenas arriba, hasta perecer, solamente por cumplir su función, que es la de seguirte por entre la multitud rabiosa y enloquecida que nada busca.

Pero, entendido está, tú no eres la multitud. Tú, más bien, eres la esencia, el ser de la multitud. Se entiende que la multitud dimana de ti, y se entiende hasta la congoja que no habría multitud de no ser tú. Es por eso que yo amo no solamente a la multitud, sino a las multitudes. La amo y las amo porque tengo un concepto tuyo amplísimo de eternidad, y porque el primigenio clima para conocer algún estrecho pasadizo de lo angustioso consiste en la multitud, y en las multitudes, a la cual y a las cuales has dado vida tú con el maravilloso enigma de la palabra dicha y escuchada desde el ámbito de pocos centímetros: “¿Y le has dicho? ¿O no?”.

Esto que estoy haciendo, y que llamo “Paráfrasis de ¿Y le has dicho? ¿O no?” no es más que una incidencia de viejas, remotas conjeturas, de negras, feroces y lúcidas ensoñaciones acerca de ti, cuando alguna vez tenía yo, (yo, yo mismo) los brazos al viento, el olor, digamos, de Wiesbaden — como esta tarde — y la calavera fresca.









LOS ANGELES DE LA MUERTE





Espíritu de misterio, andanada de cabellos al viento frente al coliseo del mar. Y alguien, en medio, sujetándose la camisa para no tener que mostrar un gesto equívoco; el miedo al ridículo que se estratifica en los sueños del dominador de la ceniza. Si bien los caprichos del extravío nada tienen que ver con todo esto, hay siempre una fórmula para gustar de lo desagradable, de lo tibio — ni caliente ni frío —, de lo medio.

Lo medio ejerce las funciones del páncreas, de tal manera que el páncreas es medio entre la vida y la muerte, la misma agonía sin filosofía, porque cuando se agoniza no se tiene en cuenta la terminología de lo filosófico; el mundo no crece, y gustaría a todos que el mundo creciera como el ánimo, para contemplar la catastrófica deformación de ciudades y avenidas.

* * *



Con la totalidad de mis pies, con la totalidad de mis manos y de mi garganta y de mis labios y de mis ojos, y con esa totalidad de la “anatomía destinada a la tumba”, te digo que en este “Dasein”, sólo tengo una imagen. Tu imagen. Y esa imagen es mi creación, mi invento, mi fundamento vital. En cuanto no haya esa imagen mía acerca de ti, **ya no hay —tú:** dejas de existir. Y me causa frío el pensar que pudieras dejar de existir. Dejar de existir en virtud de mí, es el convencimiento de que ya no me figuro tu figura.

Por ejemplo: (creo estar exponiendo la maraña de imágenes que tengo) mientras estoy recibiendo en este momento todo el frío, podría abrigarme. Pero no quiero hacerlo. Nada me impide hacerme un tajo en el muslo, en el párpado, o en la rodilla, o en el ápice de la arquitectura desde donde se descuelgan las últimas y oscuras vértebras, o en la postración maravillosa en la que se encuentra el talón, o en el hombro, o en la tentación de la glándula pituitaria. Pero no quiero ni puedo. Estoy taciturno, blanco y hueco como una ojiva. (Por la ojiva pasa la ventolera y apaga las luces amarillas el aceite de adentro. Entonces el ventarrón sale por la misma ojiva, y se va lejos, y se pierde).



Una caravana dispersa, transida de ilusiones y de espanto, viaja a través de la noche, con música.

Una caravana, inferior en fortaleza a lo mayúsculo y brutal de todo aquello que no necesita de consuelo, ni de dicha, ni de espanto, ni de música.

Las torres de los sueños inclinados por la búsqueda enmarañada de eso de hurgar en los papeles alguna ilusión olvidada, acongojan en los formidables horrores ya a la luz, ya a la titánica lucha por el ambiente intenso del canto, o de la ruda simpatía por el paraje tan olvidado, tan olvidado que "le habrán crecido hiedras", me decía un amigo simpático. Solamente que tenía el deseo de sentarse a la vera del camino, al atardecer.

Una caravana de rotondas azules, así, siempre azules, como aquéllas que tienen una sombra de los ríos, un diálogo impreso en las zarzas donde la melancolía retruena a carcajadas ante una actitud dada, esa del corno y de la voz humana, que desembocan en el coro fúnebre de la lealtad.

Uno, entonces, se conmueve. Ve que las cabezas de los creyentes, súbitamente giran y lo contemplan, y que esos ojos son una antigua prevención para que uno vaya a repartir mágicas fotografías de mujeres caprichosas que solamente muestran un fragmento de la cara, un fragmento de la belleza húmeda del llanto.

Aquella misiva a la mortalidad, que va viajando, se reúne en una candorosa y fresca frase (sí, con llanto): “Los hombres allí olvidados siempre tienen en cuenta las rajaduras que uno se hace en los huesos al decir alguna palabra inventada que se parezca a la palabra con que se designa a la nuca”.

Así, un noble y grotesco réquiem.





HOMENAJE A LA EPILEPSIA





ESTOS SON CABELLOS DEL PEQUEÑO EPILEPTICO

Los cabellos del pequeño epiléptico se distinguen tenebrosos en los albores de la noche. Mueven sus resinas con términos acompasados, y parecen gigantescas columnas de granito en el glorioso y misterioso ámbito del amor y de la muerte.

En estos cabellos, a los que respeto porque son personas, hay columpios de inexplicable redondez, en los cuales veo la negrura mágica y amada del espacio.

Son los cabellos del muerto en la irradiación de una mano que ha metido sus dedos en el misterio.

EL COCHE DE MUERTOS

Hace mucho tiempo, cuando yo era niño,



trataron de enseñarme cosas acerca de ciertas cosas. Pero no logré aprender normas acerca de la disciplina.

Un día caminaba ante la ciudad y vi un coche. Me causó mucha tristeza. No sé, ahora, si era verde, o azul, o rojo, pero durante el transcurso de mi vida llegué a la conclusión de que no tenía color, y que simplemente era un coche.

Ese coche que vi un día de mi infancia había y estado inficionado de no sé qué fuerzas extrañas y no sé de qué extraños conocimientos.

Era el coche de muertos, de acuerdo a lo que me revelara años después el niño epiléptico, a quien encontré en un día de sol...

Este acontecimiento, desde luego, carece de importancia, pese a que el niño llama a un coche cualquiera, "coche de muertos".

UN MUERTO SE HA MUERTO

Los muertos, tal como los vivos, también pueden morir otra vez.

Tal la revelación del niño epiléptico, durante una tarde de sol.

Los muertos tienen la capacidad de morir.

El hecho de morir no le priva a uno del derecho de morir otra vez. Ahí está el secreto de la existencia.

Es por eso que los muertos se han muerto.
Por eso es también que, en cierto modo,
los muertos son precoces.

LA PUERTA QUE DA INGRESO AL MISTERIO

Es posible fabricar una puerta, pero no una puerta para que ingresen a una habitación antigua los niños, sino una puerta auténtica para poder ingresar al misterio.

Fabricar un preámbulo de locura, de tal modo que todos los fabricantes de la nada no sepan qué hacer.

* * *

Ese niño, estoy seguro, posee los secretos de alguna puerta que puede conducir al misterio, sin recurrir, pongo en claro, a las irremediables putrefacciones.

Hay una puerta. Esa puerta está abierta para ti, para mí, para todos. Está abierta para las ratas, que te contemplan noche tras noche desde la luna.

Hay que dejar que ese niño siga con un poco de la puerta del misterio y entregarle algo de sus cabellos antes que desconozca los caminos y las piedras.

(Es ahí donde reside el secreto de la puerta).

UN FOSFORO APAGADO



Un fósforo apagado es simplemente un fósforo apagado. Lo trascendente del fósforo apagado es que está apagado, y que, pese a que ya no es, se le llame fósforo.

Pero ese fósforo que está allí, sobre una hoja de papel, está muerto. Eso sí que es importante. Porque lo importante es que esté muerto.

Es el ser, y hay que verlo, allí, tan substancial como el universo. Como cosa que se integra en las etapas de la nada.

SUDARIO QUE RESGUARDA PAPELES CORTADOS.

Es un sudario. Estoy seguro que todos han visto un sudario en su niñez, aunque sea por escrito. Han visto todos en su niñez sudarios y sudarios. Sin embargo, yo he comenzado a congelar los sudarios del mundo.

* * *

De pronto retorno a mi vivienda. Veo un sudario limpio y fresco, pero eso es en broma solamente.

Duermo en sábanas apagadas y lunares, y sueño con los sudarios.

Me cubren, sujetan quedamente mi próxima podredumbre, rechinan sus teas sobre mi

cuerpo glorioso en medio de la noche oscura. Luego, en la magia, adquieren vida para envolverme con los animales del destino.

Son papeles cortados por la luna. Hay que dejarlos allí, donde duermen las mesas vulnerables, todos, todos, las arañas vulnerables, hay que dejarlos tal como están, con la música de sus sudarios de niño.

Los papeles cortados van por el mundo con la llaga melancólica de los adioses.

EL ALARIDO PROFUNDO

Es solamente un alarido profundo. Viene de lejos. Nada tiene que ver con el vientre, ni con los pulmones o el hígado. Es, llanamente, un alarido ante el cual uno quiere irse, apaciblemente, a la luna, llevando ciertos cabellos de cierto niño profundo. “Un alarido profundo tiene que ser siempre”, me han dicho, “el alarido de la humanidad”.

IMAGEN DEL NIÑO

Su imagen es dulce. Nadie puede verla, excepto el caracol que anida sus pies a orillas del mar.

Nadie puede verla, excepto las arañas que moran donde moras tú y donde moran las memorables máquinas orgánicas de la eternidad.

Nada puede detener su deseo de niñez.

* * *

Es así su imagen. La vida de las imágenes ilusorias de la muerte y de la vida.

Tiene él un esquema.

Ese esquema es la reseña del secreto del amor y de la muerte, aunque el niño ignore amor y muerte, aunque sea vaga omnipotencia en medio de este juicio para practicar homenaje a la epilepsia.

(Objeto muerto y puro para recoger la soledad).

LA CATASTROFE Y LAS PROGRESIONES DEL OJO CON LA MUERTE

Concluye ahora todo. La catástrofe es bella.

Aquí, en medio de la noche, acabo de rendir homenaje al misterioso epiléptico, así, con tanta mansedumbre como una laguna.

Rindo mi homenaje. Calladamente, viene la catástrofe. Los alfileres apuntan al cielo. Será así siempre.

Los ojos se tornan amarillos, y se conaturalizan con otras cosas que no son. Ya viene la verdadera vida.



LA RADIOGRAFIA





Estos ensueños tales de la niña serpenteando el horizonte.

Eran una sombra caminante lunar — dichosa de agua de viento de mar de ráfaga consternada de olivos musicales.

Una sombra de tumultuosos ojos aventurados en el frío horizontal de tu suspiro claroscuro en la negruzca herradumbre del navío en el valor humano de lo que fuera una vez tu amor a la luz.

En el fulgor de los ángulos poseedores de colinas subterráneas donde nadie respira ni adorna su garganta como adornan sus gargantas los misteriosos seres que salen de las plantas para rogarte un último efluvio de ternura al compás de la tenebrosa humedad que rigen los huevos abandonados en la gradería roja de eso que no era sueño, precisamente, sino un cúmulo de flotadores inmersos en la cuna de tu propio viento.

En el perro blanco que con su presencia te enseñó a rozar las mejillas ayudada de un valor inclinado en la tibia y umbrosa niñez (en el fulgor que ves cuando un médico de pie en el pretil de la raya ambulante hace ademanes sonoros hacia lo que no se ha podido olvidar con el fondo viscoso).

En la hidropesía honda de los locos vomitados, en el silencio abdominal, en el sombrero calabrés de los fracasos que tiene el mundo cuando te contempla usando su rumor de emblema congelado en las ropas, allá, risueñas hace nunca, cuando duele la espalda y canta un alacrán salido del canto.

En la médula triste de la lluvia cuando las personas se vuelven viajeras sin motivo.

En la voz lejana que ha nacido sin color y a destiempo, el preciso instante en que las troneras eran reblandecidas y deformaban sus perfiles de un principio los varones tañendo un alelí en la concepción pura de los confines.

En los tempranos arrepentimientos de eso que llaman hambre sin motivo, y en lo cerca que se halla un coliflor pundonoroso cuando lo previo se ha mezclado con lo imprevisto, y cuando la seriedad del agua espera conseguir que de una vez las cosas suenen de por sí, sin la ayuda de los rostros que noche a noche contemplan.

En la maraña que dibujaré con este renunciamiento del bosque, en aquella constela-



ción que se ha quedado detenida desde la muerte de la lombriz.

En el ramaje que no es severo cuando lo mira algo que **no es tú**, porque algo que mira tiene que ser tú siempre, y si no es tú no es nada, más que la desolada trayectoria de los que son píos por no renunciar a lo que creen creer.

En eso que no se arrojan, ciegos para verse a sí, y no se entran, y no se hunden, y no se hacen algo que sepan que todos los demás no saben.

En que no se van **sabiendo** que se van, porque los otros se van sin saber que se están yendo.





**LA DESINTEGRACION DE LA MELODIA Y
DE LAS CIUDADES EN EL SUEÑO
FORZOSO Y LA ARRITMIA**





En el enjambre de cosas siempre vistas,
en la arritmia vulgarizante de los tiernos co-
losos que forjan con el sol la desintegración
de la melodía y de las ciudades, en ese antiguo
ensueño cuyo caso fué dado por un oboe aluci-
nado en la penumbra, y cuando no queda nada
excepto todo antes de la lluvia general, el sue-
ño abarca graciosa majestad al ver cómo la
mujer muerta es para cerrarle los ojos y pros-
cribir el albergue con el pesar que dan algu-
nos pormenores de la melancolía y definen así
las cosas que jamás cambiarán de nombre ni
de lugar ni de forma

al empuje lejano del viento

al suspiro definitivo de lo inútil

aunque tú seas

o aunque hayas sido semejante a algo que
nunca ha sido ni será

aunque te lleven las aguas de tan diversos
océanos en el acongojado vaivén de los astros



y tengas oculta una amorosa pasión a nada o ruegues a ti no regresar jamás al punto en que el dolor y la soledad son pilares fantasmales de una solución dada, de un nacer conmovido, de una amalgama escondida en los ritmos metálicos, de un trémulo y abismal no ser, ni nada, ni ha sido, ni volverá a “dónde”.

Las cosas están atrapadas. Hay un sentido en todo, sí, pero eso ha venido hace mucho tiempo y lo ha atrapado todo. Ha venido desde hace siempre, sin ninguna ni mágica angustia.

Ha venido sin siquiera el temor de haber venido. Las cosas están atrapadas, al abrigo solamente del cielo, al que ascienden sus vapores de cosa muerta, de eso muerto que aún late en el escombros de la antigua carcoma,

de aquel artilugio que navega indeciso

de aquellos cisnes inmóviles que guardan para sí la revelación final

de aquel extraordinario y bello muerto intensamente razonador

del harto conocido arte que tienen los abandonados para dejarse crecer las uñas y los dientes y las vestimentas

del redondo cabello

del melódico vestigio que incluye ángulos por todas partes y ciudades muertas

del eco lejano cuando ya no se va en busca de nada

del ondular ajeno a uno, irrisorio ondular para que las cosas se queden sin llanto.



**EL VIAJE DE LOS TILOS Y LAS MADRE-
PORAS CUANDO SE RESIDE EN EL CAN-
SANCIO DE LAS VIEJAS CUNAS**





Cuando se reside en el cansancio de las viejas cunas y todo parece olorecer bajo el influjo de las estampas cavernosas en que te dibujaste una vez, aún rodeada de lava y estrépito cadencioso, ese día me dijiste a través de la espalda y de la sombra que no me vertiese, que no estuviera tanto tiempo alejado de la bruma y de los residuos lunares que me dabas — cuando al pie de la roca, yo le murmuraba a alguien palabras en todo punto insignificantes y tediosas.

(Las cualidades adivinatorias y patéticas, que hacen salir emoción del cuerpo).

Aquella brutal embestida de la melancolía, aquellos corazones helados que te miran desde ojos inocuos-agónicos, aquellos mensajes profundos esbozados por el peso del cuerpo.

Aquel tenebroso grito, insensatamente apasionado, alternando como líquido sideral, como líquenes abandonados, como último recurso de



la sombra, con los otros gritos, con las otras causas de los ruidos, con los otros acicates que se vierten sólo en ti, que sólo en ti vibran, que sólo en ti encuentran acogida.

No sueles acaso pasar con los niños tenebrosos, largas temporadas en los parajes de la angustia, en los propicios, sonoros manantiales. En las sombrías, fugaces cuencas, donde me dijiste: "Hazte espesura, hazte niebla, hazte suspiro de nada, ni de es, ni de ha sido, para verter tus aquellos, tus soñados encuentros".

* * *

Caminan en el eco. Caminan oscuramente, como caminan los trances. Caminan desacompañadamente, caminan con esos y angustiosos silbatos nocturnos, portando su alarido, así, mensajeros encumbrados. Caminan con las nalgas, con el pubis olvidado. Pero sobre todo, caminan tan rotundamente que da espanto.

No lo olvides. Caminan forcejeando su ser, caminan como si otro los llevara, caminan terroríficos, plenos, ahuecados, fervorosos.

Caminan como nadie camina. Siguen caminando, acostados a la vera de alguien. Caminan despiertos y dormidos, caminan al revés, caminan a destiempo, frecuentados por raros privilegios.

Caminan como si alguien les dijera: "No camines".

(Con el imán a cuestras, saben y no saben hacia donde caminan. Pero eso les lleva a la tormentosa, formidable esencia de aquellas sonrisas olvidadas en el plan del río, en el eco que hace no sé cómo el piano y el chelo, en el climax de un atardecer frío y deslumbrante. Inevitablemente había de caer la noche).

* * *

Son los inventores de los ruidos, tú lo sabes. Se despiden con un ruido; con un sutil, amargo ruido.

Llevan sus migajas al agua de mar con ruido, y se levantan, y se acuestan, y aparecen con ruido, con el irónico, placentero, profético ruido que hacen los adioses. Son formidables.

Son la forma misteriosa del llanto. Han urdido, sin saberlo, las sabias maneras, oblicuas, universales, eternas.

Las sabias maneras del escondido ritmo, del entrañable estruendo con que uno despierta. Las sabias, mágicas manera del presentimiento, las nobles maneras del círculo y del cuadrado, las maneras extrañas, invisibles, del paradójico ademán, del éxtasis vertido, de la congoja vertida, de la súplica interna, del dolido viaje que fulmina.

* * *

Son los descubridores de la melancolía. Son, con su callado terror, precursores de la forma del viaje. Del modo de desplazarse sin nadie ni ellos.

Son vagas y concretas formas, ángeles bestiales, supremos, presuntos, verdaderos, catástroficos, ideales símbolos. Son buenos y silentes, y son, esta noche, universos estupendos, colosales llamados de la nada, vertidos gritos óseos, inolvidables compulsos de tu sonrisa,









Í N D I C E

I

	<u>PÁG.</u>
MEMORÁNDUM	7
LA HIJA DEL ARTISTA	13
18542	21
LA NAVE ALARGA SU SOMBRA	29

II

SOBRE EL ESPANTO EN LOS JARDINES BAJO LA LLUVIA	39
EL DÍA DE LOS INFORTUNIOS	49
TÚ Y LOS INSECTOS	57
LA VELA Y EL VIENTO	69
LAS CONDICIONES DE LA LUZ Y DE LA SOMBRA	77
LOS ESPECTROS DE LA CIUDAD	83
PARÁFRASIS DE «¿Y LE HAS DICHO? ¿O NO?»	89

III

LOS ÁNGELES DE LA MUERTE	95
HOMENAJE A LA EPILEPSIA	101
LA RADIOGRAFÍA	109
LA DESINTEGRACIÓN DE LA MELODÍA Y DE LAS CIUDADES EN EL SUEÑO FORZOSO Y LA ARRITMIA	115
EL VIAJE DE LOS TILOS Y LAS MADRÉPORAS CUANDO SE RESIDE EN EL CANSANCIO DE LAS VIEJAS CUNAS	119



Este libro se terminó
de imprimir el 26 de
marzo de 1955 en los
Talleres Gráficos "El
Progreso" de La Paz,
Bolivia





G. A. M. L. P. - O. M. C.



A N A 0 3 4 5 2